

—No es la primera vez que has pensado que tu Juan no volvería. Y ha vuelto, después de más tiempo de faltar; le insinuaba una mujer alta, de encanecido pelo.

—Es verdad, contestaba ella; pero si su ausencia me hacía temer entonces que hubiera podido ser atacado por una fiera, ó haberse derrumbado por un precipicio, ahora no son cosas inciertas: es bien seguro que la tempestad lo ha cogido y que mi pobre Juan no la puede resistir.

—Y ¿por qué no ha de resistirla? Aun no sabemos, añadía otro, si tu marido estaba en el monte: pudo bajar antes de que la tormenta arreciara, y meterse en alguna choza del llano, aguardando que pase la ventisca.

—Si Juan no estuviera en la sierra, estaría aquí. El sabe cómo he de estar yo, y de haber bajado al llano, habría venido á casa, *juese* como quisiera.

—Puede que ni *siquiá* haya salido del valle hasta ver si calmaba la tormenta. Pero aunque le haya *pillao* arriba, lo tendrás calentándose en el palacio de Urbasa, pensando en el mal rato que tú te llevarás.

—No, tío Domingo. Mi Juan se fué al raso de Lezamón, y el palacio está muy lejos. Desgraciada de mí! ¿Qué vá á ser de mis hijos?

Y la pobre mujer los besaba con desconsuelo.

Junto á la ventana dos hombres hablaban en voz baja.

—Tiene razón la infeliz, decía el uno. Si á estas horas no lo han muerto el hambre, el frío y la nieve, sólo un milagro de Dios puede salvarle, porque el temporal vá en aumento y no lleva traza de cesar.

—Así lo pienso también; si no está viuda, lo estará pronto. Juan no es hombre que se acobarda. Cuando no ha venido es que no puede venir. Fiado en sus *juerzas* y en que la cosa no pasaría á mayores, no querría volver sin los potros, y cuando haya *tratao* de bajar le habrá